

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.	8 rs.
Un mes.	9
Trimestre.	27
En provincias.	52
Semestre.	100
Un año.	100
Ultramar y extranjero.	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La Salea: dedicada á mi amigo E. G.—A mi querida hermana doña Faustina Saez de Melgar, en la muerte de su hijo (poesía).—Cárlas Cellini: cuento (conclusion).—Cantares (poesía).—Pensamientos.—La Media naranja: novela original de la señorita doña Rogelia León (continuación).—Revista de modas.—Explicación del figurin.

LA SALEA.

DEDICADA Á MI AMIGO E. G.

Nunca se emplea mejor la lira del poeta que cuando canta las costumbres sencillas é inocentes del campo, los hábitos honrados de los pueblos virtuosos, y las acciones sinceras y santas de los hombres. Y en la época actual, época de crisis tremendas y de sacudimientos sociales, es cuando debe glorificarse la causa de la justicia y de la virtud para combatir el poderoso vuelo de las pasiones que precipitan la humanidad en los abismos del vicio.

Inspiráranos estas ideas el recuerdo de la placente-

ra fiesta que se celebra en la ribera de la pintoresca villa de Llanes, y que es conocida con el nombre de *Salea*.

Su origen no nos es posible averiguar, porque se oculta en la antigüedad; pero si diremos que viene desde los tiempos mas remotos ocupando en la escala de las diversiones de este pais un lugar muy superior á las demas. Efectivamente, al presenciar esa simpática y agradable diversion se llena el alma de un placer tan puro como inocente, y se despiertan en nuestros corazones los sentimientos mas inefables. El pueblo entero acude presuroso á la playa para ser actor y espectador de la fiesta; y para amenizarla mas y darle su verdadero colorido, se disparan una infinidad de cohetes al pasar los botes de los *saleantes* (tal es el nombre que se da á los que toman parte en aquella funcion).

Las lanchas del puerto parece que nacen á la vida, pues su febril movimiento las anima extraordinariamente, y los marineros se aprestan al remo para dar principio á la funcion.

Es indescriptible el cuadro que se ofrece entonces á la vista del curioso observador. La agradable anarquía que se produce entre la multitud de lanchas

que surcan aquella tersa superficie de agua, recrea la imaginacion mas sedienta de placeres. El canto con que inauguran la fiesta, halaga nuestro espíritu; la admirable armonía del público entero baña nuestro corazon de entusiasmo; las voces, los gritos, el bullicio y la animacion que reina en todas partes cautiva nuestra alma.

Es preciso entusiasmarse ante aquel conjunto indescriptible de pequeñas embarcaciones que, ora se acercan para saludarse cordialmente, ora se separan para correr el espacio argentino de las aguas, formando un bellissimo y encantador panorama, que produce la impresion mas dulce y maravillosa. Pero entre esta multitud de botes se destaca uno lujosamente aparejado, y tripulado por gente lucida y uniformada. En este bote se encuentran las mas gallardas jóvenes del pueblo, que, armadas de su alegre y popular pandereta y de un aro de flores, son el punto mas interesante de aquel cuadro seductor. Pero esta fiesta no es solamente fantástica, sino que sabe tambien aliarse á cosas materiales: así es que, exaltado el ánimo por los goces de la gula, crece la animacion y el bullicio, los brindis se repiten, y el entusiasmo y el contento invaden todos los corazones.

En aquellos instantes desaparecen de las conciencias las pasiones bastardas; el odio, la envidia y la enemistad huyen despavoridas, ante un espectáculo tan sencillo como grandioso, remudándose los vínculos de afecto que unen á los hombres, y todo conspira en favor de la santa causa, de la justicia y del amor universal.

Los que hemos presenciado una fiesta de esa naturaleza no podemos menos de aplaudirla y celebrarla, y ya que carecemos de la inspiracion del poeta y de su sensible lira, no queremos privarnos del placer que nos proporciona el pintar, aunque con tosco pincel, el centro del cuadro que presenta la ribera de la pintoresca villa de Llanes al celebrar la popular fiesta titulada *la Salea*.

FRANCISCO SOBRINO DE ICARD.

Santander 30 de julio de 1864.

Á MI QUERIDA HERMANA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR, EN LA MUERTE DE SU HIJO.

En un pensil delicioso
dos bellas flores habia,
y de sus tallos nacia
otra lozana y gentil.
Brillaron sus hojas bellas
con un color hechicero,
que el céfiro pasajero
acariciaba sutil.

Y vieron las flores bellas
con entrañable cariño,
que aquella flor era un niño
de una belleza ideal.
Era su frente de nácar
y sus mejillas de rosa,
y su boca tan preciosa
como aurora celestial.

Cuando las flores miraba
el niño, se sonreía,
que en estas flores veía
á los padres de su amor.
Y mirando luego al cielo,
de donde fue descendido,
lanzaba triste gemido
que espresaba su dolor.

Que aquel ángel de dulzura,
entre su belleza y galas,
ya desplegaba las alas
queriendo al cielo volar.
Pero viendo el duelo y llanto
de las flores hechiceras,
se detuvo en las praderas
y empezó triste á llorar.

Y lloró, y tuvo dolores

de tan tenaz amargura,
que el alma del niño pura
negros pesares sufrió.

Y luchando sin cesar
su existencia y su agonía,
aquella flor que se abría
como mártir sucumbió.

Pobre madre, que llorando
le viste volar al cielo!...
preste á tu dolor consuelo
saber que no sufre ya.

Misera y triste es la vida;
copa de acerbos dolores,
que entre duelo y sinsabores
á un mismo término va.

Mas vale morir pimpollo
de rosa fragante y pura,
que no en continua amargura
dejar aroma y color.
Y ver que se va agostando
hasta perder la semilla,
mustia, pálida, amarilla,
la que fue rosada flor.

Que el tiempo mata, consume,
y se devoran los años
entre negros desengaños,
entre amargura cruel.
¡No llores, hermana mia!
No llores á su memoria:
tu ángel puro está en la gloria
mientras tú lloras por él.

Pero si quieres llorar,
y algo tu dolor mitiga
ver el llanto de una amiga
que sabe también sufrir,

ahí llevas lágrimas tristes,
jugó de un alma angustiada,
que á su lira destemplada
quiere las cuerdas herir.

Si fúnebres son sus ecos,
te agradarán, dulce hermana,
como la endecha lejana
de amoroso trovador.
Así calmará tu pena,
que en el mundo que cruzamos,
el propio dolor gastamos
uniéndolo á otro dolor.

ROGELIA LEON.

CÁRLOS CELLINI.

CUENTO.

(Conclusion) (1).

VI.

La carta decía así :

«Cárlos mio : Permíteme que por una sola vez en la tierra te dé este dulce nombre que traza mi mano temblando de alborozo, aunque siente circular por sus venas el hielo de la muerte. No soy una hada, ni un duende, ni un ángel, como habrás imaginado mil veces al recibir mis favores... soy no mas que una pobre mujer que te ha amado mucho en el silencio y en el secreto, cuanto es posible amar en este valle de lágrimas. Por evitarte el mas pequeño sollozo, por ahorrarte el mas ínfimo pesar, hubiera dado mi vida ; y si he consentido que te atormenten la inquietud y la zozobra, si no te he descubierto antes el fatal misterio, es porque á él he debido yo el consuelo de que pienses en mí á todas horas, consagrándome una parte de tus adoraciones. Desde que

(1) Véase nuestro número anterior.

te conocí germinó en mi pecho el fuego de una pasión desgraciada, y esta pasión, nutrida desde su nacimiento en la esfera de lo imposible, bendecida por mi corazón con todos sus latidos, es la que hoy me conduce á un mundo mejor, donde hallarán seguramente corona de gloria mis martirios. Yo no era bella: la naturaleza no me otorgó el don de la hermosura, y comprendiendo que tú habías de rechazar este amor insensato, he preferido mantenerle oculto en la sombra, renunciando á la felicidad, y teniendo en cambio la dicha de ofrecer á Dios un gran sacrificio. Hoy concluye todo: hoy levanto de tu corazón el peso que le oprimía; y, lejos de desear que en lo sucesivo te abrume mi memoria, quiero que seas venturoso, que tengas una vida larga y feliz, y que todos los dones de la suerte embellezcan tu existencia. Tuya es mi fortuna, porque puedo disponer de ella libremente, como verás en mi testamento, y solo te dejó una obligación, que espero sabrás cumplir con religiosidad. Consiste esta en que deseo sean trasladados mis restos á Roncole, tu pueblo natal, por si llegas á establecerte alguna vez con tus padres en la preciosa quinta que yo adquirí para vosotros, y sería para mí muy grato en este último instante de mi vida saber que aun después de muerta había de habitar cerca de ti, y que habías de ir alguna vez á orar sobre mi tumba, á fin de que el Dios de las misericordias y del amor me depare la bienaventuranza. No sé si me atreva á darte un consejo; pero debo hacerlo, porque ha de redundar en beneficio tuyo, y en esta hora suprema parece como que estoy dotada de un don extraño de lucidez y penetración que me pone de relieve las grandes excelencias de la verdad. Convendría que te casaras. Dentro del ámbito de la familia hay alegrías santas, placeres inefables, emociones casi divinas, que inundan de júbilo y consuelo á las almas generosas. El amor de una esposa bella, honesta, cristiana, sensible y cariñosa, es un raudal perenne de delicias vírgenes, de glorias embelesadoras, de encantos inmortales. Es un sol puro y benéfico que prolonga la vida del hombre. Búscale en el mundo y le encontrarás. Como sé que eres bueno, y que en cuanto recibas estas líneas volarás á mi lado, pido á Dios me dé fuerzas para vivir hasta que llegues, pues tu presen-

cia no podrá menos de hacer mas dulce mi agonía. Adios, Carlos... Al llegar á este punto tiembla mi mano, y sin poderlo remediar se agolpan á mis ojos lágrimas ardientes... Te voy á perder, te voy á perder en un momento, y esto al fin me cuesta mucho... Dios me perdone esta única vacilación, nacida de la triste y dolorosa gravedad de las circunstancias. Adios para siempre, único amor de mi vida, cielo malogrado, paraíso perdido. Adios para siempre, Carlos mío; tuyo será mi último aliento, tuya mi bendición, y si Dios concede la vida eterna á las almas que se santifican por el dolor, como te amé en la tierra, así te amaré en el cielo.

"LADY HEREFFORD."

Carlos se quedó estático, mudo, aterrado. Torrentes de lágrimas surcaban sus mejillas, y sentía que se le estallaba el corazón dentro del pecho.

—¡Ah! ¡Pobre mujer! exclamó al fin estrujando la carta entre sus manos, y estampando en ella un ósculo de fuego.

Y volviéndose hacia el viejo Kilson, que permanecía inmóvil como la estatua del dolor, derramando en silencio lágrimas abundantes, añadió:

—Corramos á su lado... corramos.

Dos caballos enjaezados aguardaban á la puerta, y montando Carlos en uno y en otro Kilson, partieron al galope, rápidos como centellas.

VII.

¿Quién era lady Herefford?

Este fue el primer pensamiento que asaltó á Carlos así que tuvo ánimo para reflexionar sobre el triste suceso. Entonces recordó aquel incidente ocurrido en el teatro de Covent-Garden cuando, deseando conocer á la única mujer que no cooperaba con sus aplausos á la ovación que le tributaba el público, pidió informes sobre ella, y le dijeron: «Es una rica solterona, fea, católica, cuya vida es un misterio para la buena sociedad de Londres: se llama lady Herefford.»

Carlos no recordaba de ella: había cruzado ante sus ojos con la velocidad de una sombra.

Siguiendo al viejo Kilson, que galopaba delante, notó que salían de Filadelfia, y, una vez en la cam-

piña, emprendieron los caballos una especie de carrera vertiginosa y desenfrenada, como si comprendieran con su instinto la necesidad de volar con aquella ligereza.

Al cabo de veinte minutos se detuvieron ante la verja de una magnífica quinta, bañada á la sazón por la pálida claridad de la luna. Era la hora del amanecer, y se descubría en el Oriente el resplandor del alba, semejando las llamaradas de un incendio lejano.

Reinaba en la naturaleza esa especie de calma funeral que se nota en torno de los sepuleros, y las frondas azules de los bosques, con su opacidad fuliginosa, se destacaban inmóviles sin recibir un solo beso de la brisa.

Cárlos atravesó la verja precedido del viejo mayordomo, y despues de cruzar un pequeño jardin llegaron al peristilo de la quinta, poblado de macetas de violeta que embalsamaban el ambiente. Cárlos reconoció á su hada misteriosa en aquel aroma puro y vivificante. Era el aliento de un alma que se habia divinizado en el calvario de los dolores.

Despues de recorrer varios departamentos, llegaron á un magnífico salon, en cuyo fondo se descubria la puerta de una estancia espléndidamente iluminada. Cárlos sintió latir su corazon con violencia, y su cabeza se desvaneció por una especie de vértigo.

—Aquí es, dijo Kilson con voz ahogada.

Avanzaron unos cuantos pasos, y llegaron al dintel de la estancia. El espectáculo que se ofreció á la consideracion de Cárlos fue el siguiente:

En el fondo de aquel aposento, ricamente estucado y lleno de antorchas, como si en él se hubiera de celebrar el idilio del himeneo, se destacaba un lecho blanco y vaporoso, adornado con la misma coquetería que pudiera haberse empleado en el tálamo de una desposada. En aquel lecho se descubria vagamente el contorno de una mujer reclinada con cierta indolencia, como si estuviera durmiendo bajo la impresion de uno de esos sueños dulces y tranquilos que pertenecen á la infancia.

No era hermosa aquella mujer; pero habia dulzura y bondad en sus facciones. Sus cabellos, de un color rubio aleonado, parecian haber sido rozados por las alas del ángel de la muerte, y sus ojos de un

azul purísimo reflejaban un brillo suave, fiel trasunto de la beatitud del espíritu que los animaba. Su frente y sus mejillas, no muy demacradas, ostentaban una palidez marmórea, y sus labios secos y decoloridos se esforzaban en vano por desempeñar la parodia de una sonrisa.

La naturaleza, que no habia dotado á aquel semblante de una hermosura brillantísima, parecia establecer en aquel momento solemne una envidiable compensacion, despojándole del horror y lobreguez de la muerte, y haciéndole resplandecer con una belleza casi seráfica.

En la cabecera de la cama aparecia un Crucifijo, y á los pies un retrato al óleo, que Cárlos reconoció ser el suyo. En torno del lecho habia hasta seis ó siete personas arrodilladas que oraban en silencio, y entre ellas se descubria la figura venerable de un anciano sacerdote que recitaba en voz baja los salmos de los agonizantes. Un balcon al Oriente, abierto de par en par, permitia á la enferma ver por última vez la aurora del nuevo dia, que se presentaba en el horizonte teñida de rosa y amaranto.

Al ver Cárlos aquel sencillo y elocuente cuadro, aquella enferma que moria por él, aquel sacerdote que oraba y aquellos servidores que vertian en silencio torrentes de lágrimas, sintió que su corazon se bamboleaba dentro del pecho, y no pudo contener un grito inmenso de dolor, que resonó en los oidos de la enferma como la melodía de un arpa celestial.

—Es él... es él, balbuceó con acento exánime, haciendo un penoso esfuerzo para volver la cabeza. ¡Oh! bien sabia yo que vendria.

Cárlos se precipitó en la estancia, y se colocó á los pies de la cama. Lady Hereford se incorporó un poco sobre el lecho, tendió hácia él sus brazos descarnados, y sonriendo con una espresion indescriptible de alborozo, exclamó:

—¿Conque eres tú?... ¡tú!... ¡Ah Dios mio, ya sí que puedo morir, pues he tenido la dicha de volver á verte!

Y dos lágrimas abrasadoras, lágrimas de alegría, de locura, de frenesí, brotaron de sus órbitas, como si fueran las últimas gotas que habia de producir el raudal misterioso de sus amores.

En seguida se serenó, y con voz menos alterada dijo á Carlos:

—Penoso es este viaje, pero al fin ya tengo fortaleza para emprenderle. ¡Verdad que tú cerrarás mis ojos?

Cárlos no pudo responder: le ahogaban las lágrimas.

La moribunda guardó un momento de silencio, y como si saliera de un extraño letargo, añadió:

—¿En dónde estamos?... ¡Ah! sí, ya recuerdo... en la muerte.

¡Doloroso término!

Volvió á incorporarse, y exclamó con increíble energía:

—¡Ay Cárlos mio!... ¡cuánto me cuesta perderte!

Y prorumpió en sollozos. Aquella escena era desgarradora.

—¿Cuánto te he amado! prosiguió con voz espirante. Eras mi luz, mi gloria, mi alegría. Te he consagrado los cultos de mi alma. Hubiera sido con tu amor la criatura mas dichosa de la tierra; pero mi suerte ha sido fatal. ¡Bendito el Señor, que lo ha permitido!

La asaltó una congoja, y cayó sobre la almohada. Cárlos se acercó á la cabecera y la tomó una mano. Estaba fria, y pesaba como el plomo.

—¡Vive... vive! la decia en voz alta procurando reanimar aquella mano con su aliento de fuego. ¡Vive, y yo te prometo que mi amor será tuyo, que renunciaré por ti al mundo y á sus mentidos placeres, que mi alma consagrará á la tuya la adoracion que se merece por su virtud y su pureza acrisolada en el fuego del martirio!

—¡Ya es tarde! replicó ella en voz baja y con ternura indecible; pero te esperaré allá arriba.

Lanzó un profundo grito, posó en Cárlos una mirada vidriosa, y añadió espirando:

—¡Al fin... esto se acaba... que seas muy dichoso! ¡Muero contenta!... ¡Adios, Cárlos mio! ¡Hasta el cielo!

Y entregó su alma al Criador.

En sus labios quedó estampada su última sonrisa. En su semblante se operó una trasformacion extraña y milagrosa, como si los ángeles del paraíso

hubieran bajado á matizarla con las tintas de la rosa y los resplandores de la inmortalidad.

Desde aquel momento la estancia no fue mas que un lugar de desolacion poblado de gemidos y sollozos. Los criados vertian raudales de llanto, el sacerdote seguia orando, y Cárlos, con el corazon despedazado, inmóvil junto al cadáver de aquella mujer, pálido, trémulo, abismado en las profundidades del dolor, la contemplaba con una calma sombría que tenia algo de feroz.

En aquel momento se percibió el gorgceo del ruiseñor de América que saludaba el nuevo día, y que celebraba tal vez el triunfo conseguido por aquel alma que habia volado á la altura, y á quien el Dios de las misericordias debia haber colmado de gloria en recompensa de sus dolores.

Cárlos seguia contemplando con estupor y éstasis el semblante de aquella mujer que tanto le habia amado, y donde, por efecto de una trasfiguracion indescriptible, centelleaba la hermosura con sus mas sublimes arreboles.

—¡Despierta! exclamó con voz ahogada, que revelaba su desesperacion y su delirio.

En seguida la besó en la frente, y la cerró los ojos.

Despues elevó los suyos al cielo, y dijo:

—¡Por qué, Señor, no habeis de permitir que la belleza del alma sea conocida y adorada en la tierra como te adoramos á Ti que no te conocemos?

Salió de allí con el pecho desgarrado. Iba llorando.

Lady Herefford era inmensamente rica: Cárlos fue su heredero. Dejó el teatro, y regresó al continente en busca de su pueblo natal. Cumpliendo la obligacion que le impuso aquella desgraciada mujer, trasportó á Italia su cadáver embalsamado. El viejo Kilson le acompañaba.

EPÍLOGO.

¡Hay mayor gloria que vivir al lado de una mujer querida, retirados del bullicio de las populosas ciudades, en la calma de la vida rural, en un bonito pais donde el cielo centellea con una luz pura, donde

las flores llenan los aires de ambrosías, donde los verdes frutales ofrecen al paladar aromosos frutos, las claras fuentes sus sabrosas aguas, y los bosques centenarios sus bellas grutas que preservan del estival ardor? ¡Hay mayor gloria para el hombre, grande ó pequeño, sabio ó ignorante, pobre ú opulento, que la que se encuentra en este sublime idilio, en este pintoresco lienzo donde se bosquejan la hermosura, la bondad, los encantos, la ternura de la mujer que amamos, el santo cariño de los hijos, ángeles de rubias cabelleras cuyos besos y caricias nos rejuvenecen, cuya inocencia nos deleita y estasia, y cuyo aliento parece un perfume divinal que purifica y restaura la esencia de nuestra alma?

Ocho años despues de la anterior catástrofe, Carlos Cellini, el célebre artista, poseia todo esto en Roncole, pueblo de su nacimiento, donde se retiró para siempre del torbellino de la vida. Cumplió al pie de la letra el consejo que le dió lady Hereford en su primera y última carta. Halló una mujer digna, y se casó.

No eligió la mas bella, sino la mas honesta, la mas virtuosa, la mas buena. El resultado fue admirable. Llegó á ser completamente feliz, que es el problema mas difícil de la vida. Se llevaban como ángeles, y los ojos de los estraños no se cansaban de mirarlos, ni los corazones de quererlos.

Tenian dos hijos tan preciosos como querubines.

Vivian en compañía de sus ancianos padres, especies de patriarcas de la familia, que semejaban dos tradiciones vivientes de santidad. El viejo Kilson tambien formaba parte del cuadro.

Á doscientos metros de Roncole se halla un pequeño cementerio, de modesta apariencia, con sus calles de frondosos cipreses y pavimento de arena. En el centro se descubre un cenotafio de mármol de Carrara, aislado sobre un plantel de violetas, rodeado de tejos y verbenas entrelazadas con las ramas gallardas del rosál. En la lápida de aquella tumba hay una inscripcion y una fecha. La inscripcion dice así:

Lady Ester Hereford.

La fecha es la del año de su muerte.

En las tardes de otoño y de primavera, á la pues-

ta del sol y cuando la alondra enamorada repite su última endecha en la campiña, bañada por la leve sombra del crepúsculo, Carlos y su familia se dirigian en comunidad al cementerio, se acercaban al mausoleo y oraban sobre el frio mármol de aquella preciosa tumba.

Hermoso era el grupo que formaba esta familia, destacándose al dorado y último resplandor del sol poniente. Los dos niños, elevando sus manecitas al cielo, descollaban en primer término; detras Carlos y su esposa, y cerrando el cuadro sus dos ancianos padres y el viejo Kilson.

Acabada la oracion se levantaba Carlos, hacia un ramo de violetas, y le depositaba sobre la tumba. Algunas veces tomaba de las manos á sus dos niños, y les decia, no sin emocion, las siguientes palabras:

—Mientras vivais, criaturitas mias, no dejéis un solo dia de venir á orar á esta tumba, donde yacen los restos de una santa, que hizo á vuestro padre mucho bien. Por ella os poseo á vosotros, por ella alienta en derredor mio una familia alegre y venturosa. Á ella debo mi redencion y mi felicidad, pues que por ella, y solo por ella, supe apreciar la mas grande belleza de la tierra... que es la del alma.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

CANTARES.

A ciervo perseguido
 dad bosque umbroso;
 á corazon herido
 sombra y reposo:
 ¡ya no me asombra
 que mi corazon quiera
 reposo y sombra!

Vengo de mi soledad
 y á mi soledad me vuelvo,
 que para no vivir solo
 me basta con tu recuerdo.

En mí vive la vida
mas que en los otros;
y porque vivo tanto,
muero tan pronto...!
Y aun yo quisiera
vivir en un minuto
la vida entera.

Me han dicho que no me quieres,
pero yo he dicho que no:
que si tú no me quisieres
ya me hubiese muerto yo.

Bien veo que me miras
cuando te miro;
pero tú no suspiras
cuando suspiro;
y haces que crea
que cuanto mas se obtiene
mas se desea.

Por ti desde mi partida
que yo al mar le preguntaba;
y las olas me decían:
"¡No te ama, no te ama!"

Valencia 1864.

RAFAEL FERRER Y BIGUÉ

PENSAMIENTOS.

¿Cuál es la primera é indispensable cualidad para ser feliz?

Bien lo dice el principio de la palabra *fe*.

Ciertamente; la esperanza podrá ser la segunda cualidad que se necesite, pero para ser feliz *creer* es lo primero.

Son tres épocas las del amor.

Una en que se desea, otra en que se ama, y otra en que se olvida.

Durante la primera necesitamos un amigo.

Durante la segunda solo al ser amado.

Durante la tercera otro amor que nos sirva de consuelo.

Yo creía que la elocuencia necesitaba hablar para demostrarse; pero voy comprendiendo mi error.

El silencio de un billete de Banco es mas elocuente que la palabra de un Demóstenes.

Resucitad á Bossuet, clavad en la puerta de una iglesia un magnífico anuncio con letras de oro que diga: "Esta tarde predicará Bossuet sobre el tema de la virtud," y todo Madrid acudirá al templo con entusiasmo.

Pero clavad en una casucha de en frente otro cartel con letras de carbon que digan: "Esta tarde se repartirá dinero á quien le quiera," y es muy posible que el gran orador tenga solo á las paredes por oyentes de su discurso.

Estas reflexiones me han sido sugeridas por dos cartas que acabo de recibir.

En cada una de ellas se me piden cuatro duros, y yo no tengo mas que 80 rs.

La primera que he recibido es de una mujer, y debo darle preferencia.

Estoy obligado á contestar remitiendo la libranza en union de cuatro páginas de galanterías; pero fuera trabajo inútil.

El pagaré de los 80 rs. dentro del sobre, es una contestacion elocuentísima.

La segunda carta pertenece á un amigo mio.

Tengo con él mucha confianza; pero mi respuesta constará de dos pliegos, que, aunque cuajados de las mas elocuentes frases de mi repertorio, no me pondrán á salvo de una docena de dictérios.

Cuando ambas respuestas lleguen á su destino, mi amiga creará preferible mi lenguaje al de las fensas de Ciceron; pero mi amigo comparará el valor de mis disculpas con el de una pieza de dos cuartos.

La única felicidad de la desgracia consiste en murmurar del infortunio.

Entrando ayer en mi casa tropecé con un pobre perro que salía del portal á la carrera. Llevaba un cacharro sujeto á la cola con una cuerda, y perseguido por la rechifla de los muchachos y por los dientes de sus semejantes, el infeliz animal, despues de correr la calle dos ó tres veces, se rompió la cabeza contra la esquina de un guardacanton.

La vida del hombre es la carrera del perro.

Todos arrastramos un estorbo de que no podemos desasirnos, y luchando en vano entre la lástima de unos y la rechifla de otros, corremos la calle de nuestro destino hasta dar con la cabeza en el guardacanton de la muerte.

Una gota de aceite escapada de un quinqué vino á refugiarse en mi pantalon.

Hasta pasado algun tiempo no llegué á notarlo, y entonces vi que la gota me decia á gritos: "¡Sucio! te estoy advirtiendo que tienes una mancha, y no me escuchas."

(Se concluirá.)

ADOLFO LLANOS Y ALCARÁZ.

LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuacion) (1).

VIII.

Una impensada entrevista.

¡Y habrá quien se queje de los afectos del mundo, y no santifique la amistad, y no doble la rodilla

ante ese parentesco que crea nuestra alma, mas cariñoso y noble, á veces, que el que nos concede la naturaleza?

¿Y no habrá un elogio tambien que tributar al siglo de las luces, que ha sabido acortar las distancias, que ha inventado el modo de que sepamos en contados minutos la desgracia ó el placer de los seres queridos?

¡Oh sublime portento del saber humano!

Un ser se cree aislado en las populares calles del sombrío Londres.

Ni el idioma ni las costumbres hablan á su corazon.

Le abruma el peso de una desgracia, y no hay un ser, en aquel vasto mundo de la indiferencia, que se interese por él y le comprenda.

Negros pensamientos empiezan á rodar por su cerebro.

La influencia del clima amontona negras nubes en su razon.

Lleva una losa pesada sobre su pecho.

Parece que con impiedad han encarcelado su alma.

Se cree víctima de la esclavitud que sufre aquel pobre pueblo, en donde con las palabras *justicia y libertad, fraternidad é independencia*, se ve la misera plebe atada á las ruedas de las máquinas y vastísimos obradores, donde se les arroja el misero jornal, como á perro hambriento que da vueltas á la noria.

Aquel hombre suspira por el azulado cielo de su pais.

Desea perder de vista cuanto antes el aspecto feudal de aquellos riquísimos lores que guardan sus tesoros para una bailarina, mientras el pobre gime con una existencia tiránica y miserable.

El crujido del látigo resuena en sus oídos. El pueblo, libre y esclavo á la vez, le parece una colonia de negros mandada por muchos Reyes sin corona, pero absolutos y poderosos y tiránicos.

Las bandadas de obreros, metidos en aquellos salones sombríos, sin mas ley que la dureza ni mas expansion que los severos rostros de los fabricantes, que rara vez sonrien, ahoga el aliento del que está acostumbrado á ver en su pais las masas populares, alegres y animosas, recorrer las calles cantando al compás de la sonora guitarra, apenas dejan sus fae-

(1) Véase nuestro número anterior.

nas, con la animacion que presta la fraternidad en las clases y el carácter expansivo de los nobles españoles.

Elena llegó á tiempo, gracias á esa invención admirable de los telégrafos, á esa inspiracion que debió sentir un ser privilegiado de Dios, un ser que supo hacer alas de unos alambres insensibles, á los cuales les dió el poder de transmitir la palabra, la idea, el sentimiento.

Elena pudo consolar á su marido, volverle la esperanza, hacerle ver que no era el mal tan grave, que aun podia remediarse, que ella tenia que tomar bienes de su familia, y, sobre todo, que su amor jamás le faltaria, y mientras nos quede un corazon en el mundo, no nos podemos llamar desventurados.

Un Rey preguntaba á un hombre, horriblemente fatigado por una enfermedad: «¿Tienes mujer?...—Sí, señor, respondió el infeliz.—Entonces no eres desgraciado.»

¿Qué contestarán á esto los que quisieran tirar la suya por la ventana?

Que hay seres tan maléficos y crueles consigo mismos, que no quieren reconocer que una mujer les dió la existencia, y otra les entregó la Iglesia cristiana para darles amor y consuelo.

¿Cómo se reirian los ingleses de este párrafo! Ellos, que sacan la suya á la plaza con un cordel al cuello, cómo si fuesen furiosos mastines atacados de hidrofobia.

¿Y hay mujeres todavía que acepten por marido á uno de estos tiranos?

¡Bendita nuestra España, y sobre todo nuestra galante Andalucía, donde es la mujer la reina del pensamiento, el bello ideal del hombre, su fortuna, su felicidad, su vida, su corazon, su alma, su sentido, su adoracion!

¡Así son ellas tan alegres y vivaces como pequeños niños!

¡Así llevan una aureola de felicidad en el rostro!

¡Así despiden claros destellos sus frentes!

¡Así se desarrollan en ellas los sentimientos de poesía y elevacion!

¡Así son fieles y buenas esposas, y amorosas madres y tiernas hijas!

La tiranía y la opresion solo sirven para hacer los caracteres duros, irascibles, vengativos.

Una mujer querida y halagada, siempre tiene magnetismo en los ojos y miel en los labios.

Una mujer esclavizada y oprimida, solo tiene sonrisas amargas y veneno en el corazon.

Elena llegó á Lóndres y á los brazos de su esposo, como llega un suspiro de amor, como llega un aura de ventura.

Entre tanto, Julia vivia en la casa de su amiga como en la suya propia. Sus órdenes eran obedecidas. Su palabra oida y respetada como la de la joven señora que habia partido.

Lo mejor de Sevilla se apresuró á visitarla, y al poco tiempo la fama de su hermosura y discrecion corria en los mas elegantes círculos.

Una carta satisfactoria en que le anunciaba Elena que sus negocios iban felizmente, que sus intereses acaso aumentarían en vez de disminuir, y que su esposo era feliz como nunca, produjeron en Julia tal satisfaccion y alegría, que reunió á las amigas de Elena para darlas un te y hablar de esta impensada fortuna á las que verdaderamente se interesaban en el bien de la rica comerciante.

Otra idea llevaba tambien la joven para ser tan esplicita y comunicativa, y era que vió claramente que muchas de las personas que tenian intereses en la caja venian á retirarlos, creyendo que á aquel repentino viaje sucederia una bancarota.

Julia dió orden al cajero principal que nada hiciera ni nada intentase hasta que volviesen los dueños de la casa, y para ahogar toda sospecha, en estilo confidencial, que ella queria hacer un cartel público, á serle posible, manifestó en aquella reunion de amigas lo feliz y lo contenta que se hallaba con el giro que tomaban los negocios.

—Ese viaje de mis amigos, decia á media voz, vale algunos millones de reales á su bolsillo.

Es un gran negocio. Cuando vengán, se comprarán mas carruajes y se doblará el tren de la casa, y tendremos grandes reuniones para divertirnos. Vamos á gozar mucho.

Y estrechaba la mano amigablemente á todas y las besaba con alegría, y estaba tan animosa, que

parecía la habían dado la diadema de Emperatriz de un vasto imperio.

Ella sabía muy bien que la mayor parte de las mujeres charlan más que la sección de gaceta de un diario, y con este fin encargaba á todas el secreto.

Cuanto más les encargaba el silencio en este asunto, más decía en su interior: «¿Qué hambre tendrán de comunicarlo! ¡No! ¡Seguro está que lo dejen para mañana!» Pero conociendo que también hay hombres con pretensiones de cotorra, desde aquella noche asistió á algunas reuniones y se hizo de varios amigos de los que se creen ignorantes si no saben dar cuenta de la crónica secreta y pública de la capital.

Á los ocho días, el marido de Elena era un *Salamanca*, á los nueve un *Rostchild* y á los diez un Emperador de la China.

Los que antes querían retirar sus intereses, ahora traían dobles cantidades para depositarlas en aquella banca riquísima que les daría una colosal fortuna; pero el encargado contestaba, con toda la importancia de un digno representante, que era ya tan escaso el número de socios, que no sabía qué hacerse para anotar más.

No había que dudar que Elena tuvo una gran elección al dejar á Julia al frente de aquella casa. Un hombre no hubiera hecho más; pero como los entusiasmos suelen decaer de la misma manera que suben, para que no sucediese un fracaso de esa especie, todos los días daba sorpresas á los amigos, diciendo que eran órdenes del rico comerciante y banquero á la vez.

Para todo esto, sus intereses y no los de sus amigos, eran los que jugaban. Heróico esfuerzo de que solo es capaz un alma privilegiada como la de aquella mujer.

(Se continuará.)

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

Vamos al mar, á las aguas ó los baños termales. La moda nos impulsa, no tenemos sino dejarnos conducir. Allí arroja libremente cuantos caprichos

concibe la fantasía, ataviando graciosa ó vaporosamente á las misteriosas ondinas á quienes el destino le manda embellecer.

Las telas de lana son, por confortables, las más usuales; pero ceden el primer lugar al linón, la alpaca y el mohair, y como género más elegante, el foulard obtiene la preferencia. Generalmente se adopta la confección igual al traje.

El blanco está sumamente admitido, no solo en muselina, sino también en lana, y aun en seda. Los adornos son de tafetan claro ó de *guipure*, y como gran novedad, el fleco de seda, que no solamente se emplea en confecciones y vestidos, sino también en enaguas. Semejante fantasía no puede decirse bonita ni graciosa, pero nada tenemos que oponer: es moda.

Las confecciones llamadas de *baños de mar* son en cachemir ó franela, admitiéndose el encarnado como color favorito hasta el abuso; pues si bien agrada como accesorio, algunas elegantes lo adoptan para todo el traje, y aquí nos parece que la moda no se halla conforme con el buen gusto.

Con respecto á las vestas de baños de mar, las encarnadas son las más lindas, dividiéndose la boga entre las dos formas: frac ó marinera. Como estas vestas conducen naturalmente al lujo en lencería, materia en que se reconoce á la mujer elegante, recomendamos un modelo de la más seductora coquetería.

Compónenla desde luego dos olas de valenciennes formando valona por delante, y la pechera de ambos lados es una cadena de entredoses de valenciennes y plieguecitos. El cuello, en batista, tiene pliegues suizos y es muy estrecho, con dos cabos aparte que acompañan al delanteró. Un entredós bordea la garganta, y un alto valenciennes el cuello. Las mangas tienen el puño en conexión, y además un valenciennes que remonta sobre el lado hasta el codo.

Las gorras que se llevan en el día son verdaderas maravillas. Los fondos cuadrados á la italiana obtienen gran género; pero bien que la forma sea, sobre poco más ó menos, la misma, reina gran variedad en los adornos, que ya son en *guipure* ó en valenciennes, con bordados ó sin ellos; aquí terciopelos, allá nudos de cintas, y otras mil fantasías que hacen de

dichas gorras los prendidos mas distinguidos que se pueden desear.

Los sombreros de vestir casi no tienen bavolet, y hay muchos que no lo tienen, no siendo seguramente los mas bonitos. Los preferimos con un pequeñísimo encaje y un nudo debajo, lo que hace fresco é infinitamente mas elegante que los enormes adornos donde nos envolvíamos los años precedentes.

Aquellos se colocan por detras, y el delantero se asimila muchas veces á una gorra invisible, porque algunas se lo colocan tan atras, que sin la presencia del lazo las creeríamos con la cabeza descubierta. Sería conveniente mantenerse en un justo límite, pues si bien los sombreritos deben ser incontestablemente preferibles á los sombrerones, es menester no caer de un extremo en otro. Los mas lindos son de tul bullonado, con un cordón de gruesas perlas entre cada bullón. No podemos aconsejar las plumas, que, en nuestro sentir, hacen un perverso efecto sobre estos microscópicos prendidos, y nos parecen preferibles algunas florecillas.

El sombrero redondo es mas conciliador, y autoriza todas las fantasías. La toca á bordes levantados no pierde nada de su boga, á pesar de ser uno de los mas deplorables errores de la moda, pues nos es imposible pasar por alto el decir cuánto han perdido las bellas en vez de ganar con la adopción de tan grotesca tarta, que exige condiciones de frescura y juventud, rara vez reunidas en general. Hay otros mil modelos maravillosos y convenientes, cuya duda solo consiste en la elección. El casquete es mucho mas gracioso, y, sin embargo, no le aconsejamos. También tenemos encantadores tricórnios, pero estos entran en la categoría de los casquetes, y se necesita poseer un sello particular de distinción para determinarse á llevar semejantes fantasías algo escéntricas.

Podemos presentar tres cinturas típicas edicionadas para los lindos talles. La cintura frac describiendo dos aldetas por detras y chaleco por delante; la cintura postillon á tres puntas guarnecidas de cascabeles de azabache ó franjeadas de herretes, y la cintura Imperio en gruesos granos, de siete á ocho centímetros de altura con bucle igual en acero, nácar, azabache ó dorado.

Puesto que llevamos fraques, abotonémoslos con botones en nácar de Búrgos ó de Oriente, ya sean redondos, cuadrados ó á gruesas bolas. También los hay de acero, de pasamanería punteada de azabaches, dorados, ilustrados de atributos alegóricos, ó de oro mate.

Permitireis, amables lectoras, un rato de solaz á vuestra croniquista, que, aun sumergida entre las ondas, no cesa de combinar vuestros adornos.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Primera figura.—Traje de casa. Vestido de alpaca blanca. En el bajo de la falda lleva un volante encañonado, cuya cabeza está marcada por una cinta de cachemir. Chaleco Luis XIII y chaqueta con largas aldetas, guarnecida de cinta de cachemira y fleco. Mangas de codo, adornadas con tres órdenes de cintas sobre el delantero de la falda: lleva una hilera de botones gruesos de nácar que suben hasta lo alto del chaleco. Cuello y mangas de tela. Gorra de muselina, adornada de guipur y cintas.

Segunda figura.—Traje de paseo. Vestido de muselina blanco, puesto sobre otro de tarlatana color ceniza. En el bajo de la falda lleva un volantito encañonado. El paño delantero está todo bordado y en cerrado en una guarnición, que encima lleva también bordado, dispuesta en forma de túnica. Paletot de la misma tela y en igual disposición, con una hilera de gruesos botones en el delantero. Sombrero redondo adornado con terciopelo y plumas. Sombrilla *magicienne* (mágica) de tafetan con mango artístico.

Per todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SÁEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrion, calle del Pez, núm. 6, principal.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Ayuntamiento de Madrid
Concepcion Germaina N.º 13 Pral. Derecha

